

TEMA 23.

LA SEGUNDA REPÚBLICA (II)

1. LAS SECUELAS DE OCTUBRE Y LA AGONÍA DEL 2º BIENIO REPUBLICANO

Lo que sucedió es que el clima estaba enrarecido de forma que la extrema derecha y una parte considerable de la sociedad española exigió al Gobierno una decisión y una actividad diferente a la moderación y a la inercia de los radicales.

Las consecuencias de la revolución de octubre de 1934 fueron los conflictos en las Cortes en los meses entre oct. y la definitiva crisis gubernamental de abril de 1935. El 1er conflicto se produjo cuando los monárquicos quisieron exigir responsabilidad al Gobierno por no haber previsto la revuelta; es significativo que algún diputado asturiano de la CEDA colaborara en esta reclamación. Del Gobierno salieron Samper e Hidalgo. Los monárquicos hicieron todo lo posible por suscitar tensiones entre los dos partidos principales de la coalición gobernante (radicales y cedistas).

Cuando los monárquicos propusieron la desaparición del Estatuto catalán, la CEDA y los radicales acabaron por suspenderlo temporalmente. Las personas que desempeñaron las supremas responsabilidades en esta situación temporal, actuaron con un criterio moderado y centrista. Un nuevo problema se produjo cuando un diputado planteó la incompatibilidad entre pertenecer a la masonería y desempeñar una alta responsabilidad militar, por lo que de nuevo fue necesaria una intervención del dirigente de la CEDA. Pero a veces estallaba el conflicto entre los miembros de la coalición gobernante porque Lerroux y la CEDA respondían a estados de conciencia políticos antagónicos.

Todo demuestra que las dificultades de la coalición radical-cedista no sólo no habían desaparecido con la victoria sobre la insurrección de octubre, sino que se habían incrementado. Lo más significativo de este periodo de gobierno fue la labor de Manuel Giménez Fernández al frente del Mº de Agricultura; diputado de la CEDA era áspero e insobornable ante lo que creía situaciones injustas. Sus ideas no eran más que la traducción de los planteamientos habituales de la doctrina social cristiana. Su principal disposición legal se centró en una ley de arrendamiento que debía permitir el acceso a la propiedad de los arrendatarios. Tal disposición encontró la oposición de la extrema derecha e incluso en su propio partido en donde si bien Gil Robles durante algún tiempo la apoyó, también acabaría desinteresándose de sus propósitos sociales reformistas. Es posible que Gil Robles hubiera estado en principio de acuerdo en tan sólo una rectificación del rumbo gubernamental sin necesidad de cambio, pero éste, finalmente se impuso en abril de 1935.

La ocasión fue muy poco oportuna. Tanto Lerroux y los radicales como el Presidente de la República se mostraron dispuestos a amnistiar a González Peña, diputado socialista asturiano condenado a muerte por los sucesos de octubre. Gil Robles ordenó a los ministros de la CEDA votar en contra y de esta forma provocar la crisis. Ocasión inoportuna porque así se vinculaba la CEDA con la represión; el parlamentario fue amnistiado. No es extraño que en El Debate, Ángel Herrera y Giménez Fernández estuvieran de acuerdo con la crisis gubernamental. Gil Robles implicaba más a la CEDA en la tarea del Gobierno y hacía depender más aún a los radicales de ella y se giraban más hacia la derecha en materias sociales, olvidando la prevención inicial respecto a la

participación en el poder. Después de un mes en que gobernó un ministerio de significación puramente técnica, Lerroux formó un nuevo Gobierno con mayor participación cedista.

En él figuraron 5 ministros cedistas entre los que estaban el propio Gil Robles ocupando la cartera de la Guerra; había también agrarios y liberal-demócratas. De la CEDA partieron las más importantes iniciativas del Gabinete. Tanto Gil Robles como Lerroux en sus Memorias dan la sensación de que éste fue el momento cumbre del 2º bienio republicano. El Gobierno fue en este momento popular.

Lo más importante en materia política en ese momento eran la reforma constitucional y la electoral. De la 1ª ni siquiera se llegó a elaborar un texto alternativo por razones. Gil Robles creía necesaria una acción gubernamental amplia antes de proceder a la reforma constitucional que para él tenía especiales problemas pues debía evitar el enfrentamiento con el partido radical, tradicionalmente anticlerical y a la vez debía satisfacer a la extrema derecha de su propio partido. La reforma además implicaba la disolución de las Cortes.

Respecto de la reforma electoral había coincidencia en su necesidad pero se deshizo a la hora de concretarla. No se llegó nunca a una fórmula de concordancia mínima. No cabe duda de que ambas reformas hubieran contribuido a la estabilización de la República española.

En el de Guerra, la llegada de Gil Robles supuso la ocupación de los puestos clave por parte de militares africanistas como Goded y Franco, pero no supuso mucho desde el punto de vista de la dotación material del Ejército. Su presencia en ese creó unas reticencias enormes en el Presidente de la República que resultaron irreversibles.

El gran error de la coalición de centro-derecha fue el sentido conservador que dio a su gestión en los terrenos económico y social. Gil Robles prescindió de Giménez Fernández en Agricultura y le sustituyó por Velayos, quien con su Ley de Reforma Agraria, acabó por paralizar un proceso que apenas se había iniciado pero que había producido grandes esperanzas en los campesinos.

Había sectores dentro de la CEDA que no eran contrarios a medidas de corte social reformista y que a la hora de convertirlos en medidas concretas resultaba imposible hacerlo y no se pasaba de una declaración de buenas intenciones. Chapaprieta (antiguo político liberal), el Ministro de Hacienda entra en el Gabinete en mayo e impresionó a la opinión pública, no sólo de derechas. Sin duda consiguió éxitos importantes en una situación política que tenía pocos, como reducir el déficit y aumentar la recaudación, pero lo esencial de su programa era mantener una política fuertemente deflacionista, lo que hacía imposible una actuación decidida del Estado para combatir el paro. La política de Chapaprieta constituyó una radicalización, pero él quiso aplicarla con extrema dureza, siendo muy poco consciente de la realidad política del momento.

Con su voluntad de hacer desaparecer en septiembre de 1935 parte de los Ministerios, surgió una crisis al no aceptar los agrarios el sacrificio de sus carteras ministeriales. La crisis resulta más complicada que nunca y de ello tuvo bastante culpa el Presidente de la República que la complicó con su intervención. El nuevo Gabinete fue presidido por Chapaprieta y refundió en uno los de Justicia y Trabajo. Chapaprieta era diputado independiente y casi no había intervenido en política.

La repetición de la crisis y la ausencia de una labor gubernamental hacían pensar ya en la inminencia del colapso de la coalición radical-cedista; se produjo con la aparición pública de las inmoralidades administrativas de los radicales. El 1º escándalo surgió en

octubre de 1935 por la denuncia de un personaje de dudosa moralidad (Strauss) que trató de poner en marcha un tipo de ruleta (estraperlo) valiéndose para ello de sus influencias en el seno del radicalismo, incluyendo en ellas al hijo adoptivo de Lerroux. La denuncia incidía sobre un partido que tenía fama de corrupto. Desde ese momento, todo cuanto había supuesto de esperanza en el radicalismo, desapareció. Además resultó inevitable que surgieran tensiones internas entre los grupos políticos de centro derecha. Martínez Barrio acusa a la CEDA de colaborar hipócritamente a magnificar lo sucedido.

En noviembre de 1935 hubo otro caso de corrupción administrativa de los radicales, de mayor entidad económica y de mayor trascendencia política. Un miembro del partido radical, Moreno Calvo, había librado una orden de pago en favor de una compañía naviera como indemnización a la misma sin que hubiera sido aprobado por el Consejo de Ministros. Con esto ya, quedó descalificado totalmente el partido y se demostró una vez más la incapacidad de la coalición gobernante para elaborar y defender un programa unitario y se inició la senda que llevaba a las elecciones de 1936.

Chapaprieta empezó a tener muchas dificultades para cumplir su programa y acabó por dimitir en diciembre de 1935. Él atribuye a la oposición a sus medidas por parte de la CEDA el carácter de pretexto para desencadenar la crisis. Esta planteaba una posibilidad impensable hasta entonces, la de que Gil Robles accediera a la Jefatura del Gobierno; su grupo político era el más numeroso del Parlamento. La razón de que no fuese así era la incompatibilidad entre la CEDA y Alcalá Zamora.

Gil Robles consultó con varios jefes militares la posibilidad de un golpe de Estado en contra de supuestas violaciones constitucionales de Alcalá Zamora. Los principios de la campaña electoral abundaron en reticencias de los principales dirigentes de la CEDA en contra del presidente de la República.

El sucesor de Chapaprieta fue Manuel Portela Valladares, liberal de la época de Alfonso XIII, representante del Gobierno en Cataluña que ni siquiera era diputado. Su elección demostraba el deseo de A. Zamora de centrar la vida política de su país, pero los medios empleados dejaban mucho que desear. Se le encargó construir una fuerza política centrista, pero trató de lograrla con los monárquicos de la víspera. Los neorrepublicanos recién nacidos, los caciques y los restos de todos los partidos en período de descomposición. Tenía que contar con la CEDA pero estaba en las peores condiciones para conseguir esa colaboración. Hubo 2 gobiernos presididos por él y Portela tuvo que disolver el Parlamento.

Desde noviembre de 1933 se había dado la repetida sensación de que el centro-derecha se caracterizaba por su esterilidad e inestabilidad. Debe tenerse en cuenta que no menos culpables que los partidos que ejercieron el poder, fueron los que permanecieron en la oposición; la extrema derecha hizo todo lo posible para frustrar las posibilidades de colaboración y la izquierda al sublevarse, proporcionó los mejores argumentos a una reacción a la que decía querer combatir.

2. LA DIVISIÓN DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

Hasta abril de 1931 el PSOE no había sido un partido socialdemócrata; partido de la socialdemocracia obrera, no tenía votos suficientes para pretender el poder, lo que le permitía mantener sus principios ideológicos revolucionarios con los que contrastaba una práctica reformista. La llegada de la II República supuso un crecimiento enorme del

socialismo; desde la proclamación hasta junio de 1932 la UGT pasó de 300.000 a más de 1 millón de afiliados; además cambió la procedencia de sus militantes que eran en un 50% campesinos y por si fuera poco, 1 de cada 4 estaba en el paro. Los dirigentes del partido eran conscientes del cambio sucedido y de las consecuencias que podían resultar. El maximalismo no fue la política de un grupo o el resultado de una influencia ideológica, sino la consecuencia de una tendencia de las propias bases del partido que no tuvieron inconveniente en levantarse en contra de dirigentes tradicionales.

Hay también otros factores de carácter personal de importancia. El partido socialista siempre había sido un grupo político cuya apariencia externa era de una gran disciplina y una dirección sólida y estable. De los 3 sectores en que se dividió, el que más lejos estuvo de poder llegar a alzarse con la hegemonía fue el representado por Besteiro, que había sido el principal heredero de Pablo Iglesias. Sus planteamientos eran marxistas y en pureza, mucho más sólidos en cuanto a elaboración doctrinal que los de sus adversarios. Frente a la colaboración con la República, Besteiro prefería la penetración, es decir, no la participación en el poder, sino influir en la legislación y en los organismos de carácter social reformista. Acusó a Largo Caballero y a Prieto de reacciones pendulares. La tradición de Besteiro era la más auténticamente derivada de Iglesias pero se sentía derrotado de modo abrumador, sobre todo por Largo Caballero.

La postura contraria a la de Besteiro era la de Largo Caballero, burócrata sindical acostumbrado a estos comportamientos. Tras colaborar con la Dictadura, no llegó a considerar, como otros socialistas (Vg. Negrín), que su partido era el único republicano auténtico, sino que en este régimen podría lograr grandes ventajas. Por eso nadie fue tan entusiasta del colaboracionismo como él a lo largo de 1^{er} bienio. Su cambio se produjo con el abandono del poder, precediendo a la entrada de la CEDA en el Gobierno. Se proclamó revolucionario y fue llamado el Lenin español. Personificó con esta postura una tendencia potencial existente en las masas socialistas y en especial en 2 grupos: las juventudes y un sector intelectual.

Las juventudes socialistas aumentaron sus efectivos más tarde que el resto del partido. Sus dirigentes practicaban un radicalismo marxista sin paliativos y se consideraban los verdaderos bolcheviques; no tenían inconveniente en manifestarse partidarios de la ruptura con la II Internacional y de la depuración del partido. En abril de 1936 se unieron los jóvenes socialistas y los comunistas en las llamadas Juventudes Socialistas Unificadas. La victoria de esta posición maximalista se entiende por la evolución de intelectuales como Araquistain cuyo pensamiento se había movido siempre en el ámbito del regeneracionismo. En él se dio también en apariencia, un brusco salto desde el colaboracionismo con la República a la ruptura con ella. Desde 1933 consideraba que sólo había 2 posibilidades: la franca dictadura burguesa o la franca dictadura revolucionaria.

Largo Caballero decía creer en la revolución pero su carácter le sumía en la pasividad; no creyó que los militares se sublevaran en 1936 porque eso equivaldría a una oleada de sangre, de la que no serían capaces y esperó a que los seguidores de Prieto abandonaran la dirección del partido entregándosela a él.

Una de las tradiciones del PSOE era la colaboración con otras fuerzas de izquierda. En estos 2 puntos se fundamentaba la posición de Prieto, que autor, en gran medida de la revolución de Octubre, pensaba que el PSOE no debía circunscribirse a ella y debía buscar el momento oportuno para hacerla; autor del programa de aquella ocasión, pensó que a partir de esa fecha, era posible radicalizar la República y cumplir con esos propósitos desde el poder con la ayuda de los republicanos de izquierda.

En 1933, Prieto, conservando el apoyo de una porción importante del Partido, estaba en condiciones de enfrentarse a las tendencias más radicales, como efectivamente hizo. Sus adversarios le respondían con similar violencia: en vez de proclamar la beligerancia de las ideas, Prieto se valdría de la táctica y gracias a defender la coalición permanente con los republicanos y las soluciones y pactos de Vergara, condenaba a sus partidos y en especial a sus juventudes a castrar sus ilusiones revolucionarias.

La CNT seguía teniendo un peso importante aunque por vez la había sido superada en afiliación por la UGT. Había perdido su capacidad de iniciativa durante el período entre 1931 y 1933. A lo largo de 1935 se fue haciendo patente la necesidad de reconstruir la unidad sindical y los sindicatos de oposición volvieron a la CNT en el año siguiente. La nueva actitud de los socialistas planteaba la posibilidad de una colaboración con ellos, aunque la CNT quiso circunscribirla a la UGT. En el fondo, seguía predominando en el anarquismo la visión comunalista y agraria del pasado.

El problema del PCE no era tanto la incertidumbre estratégica e ideológica como sus efectivos escasos. La nueva dirección pareció más dócil a la estrategia de Moscú. Desde el verano de 1934 siguiendo la tendencia marcada por su dirección internacional, empezaron a proponer una más sincera política de pactos con otras organizaciones; pero antes de los sucesos de octubre, ingresaron en las Alianzas Obreras. Pero sus efectivos seguían siendo escasos y eso impedía que el PCE ocupara una posición central en la política española.

En tales condiciones, no podía esperarse mucho del PCE como desencadenante de una revolución en España. Desde 1935 insistió especialmente en el acercamiento al ala izquierda del socialismo. Ese acercamiento explica la posterior unificación de las Juventudes en una única formación política y el ingreso de los sindicatos controlados por los comunistas en la UGT.

3. PAPEL DE LA EXTREMA DERECHA

Existe un curioso paralelismo entre la derecha y la izquierda. La influencia de la extrema Derecha en España fue considerable pero el fascismo a comienzos de 1936 representaba aún una fuerza social y política pequeña y marginal, incluso más que el comunismo.

Otro paralelismo entre el comunismo español y la Falange reside en que el fascismo español resultó un movimiento plural aunque siempre de escasa entidad. Los llamados legionarios de Albiñana tenían una significación muy conservadora en lo social y un puro activismo violento que no tenía de fascista más que la liturgia. Ramiro Ledesma Ramos (intelectual), fundador de La Conquista del Estado, parecía más asimilable a las categorías del fascismo. Fundó las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista) el sector más radical de la posterior Falange. Otro sector que formaría parte de ella sería el grupo procedente del sindicalismo católico agrario vallisoletano que dirigía Onésimo Redondo. Todos ellos no eran más que grupúsculos fácilmente controlados por las fuerzas de seguridad.

Nada de todo esto tuvo verdadera trascendencia hasta la aparición de Falange Española en 1933. Así como el resto de los grupos de significación más o menos cercanos al fascismo, carecían de un liderazgo conocido y de un simbolismo personal relevante, la FE lo tuvo en José A. Primo de Rivera, el hijo del dictador.

Posiblemente sintiera un cierto reparo hacia la violencia, pero la Falange fue uno de los principales partidos que durante el 2º bienio la practicó; dentro del mismo hubo un sector que venía en ella la razón de ser del grupo político y no tuvo inconveniente en que se la utilizara como puro brazo armado de la derecha. La mayor contradicción de su movimiento fue proclamarse dirigente de un grupo político que afirmaba su voluntad revolucionaria y de transformación social, pero que tenía conexiones con las clases altas españolas. La Falange fue subvencionada por los monárquicos.

Primo de Rivera tenía ciertas contradicciones, las mismas que el partido y unas y otras explican que la vida de este último tuviera tantas escisiones y testimonios de indisciplina. Falange se fundó en nov. de 1933 incorporándose luego las JONS, pero las relaciones con el grupo de Ledesma fueron conflictivas. En principio la dirección del grupo fue un triunvirato pero al concentrarse el poder en José A., los jonsistas se separaron a fin de 1935. En el fondo Ledesma, quería radicalizar el movimiento hacia la izquierda

En 1934 Primo de R. tuvo que enfrentarse con los que practicaban un activismo violento y los que fueron atraídos por los monárquicos como Ansaldo o el Marqués de la Eliseda. Con estas circunstancias no puede extrañar que a principios de 1936 Falange fuera sobre todo un partido político de jóvenes universitarios sin fuerza electoral propia y menos aún implantación en medios sindicales o proletarios.

En cuanto a los monárquicos alfonsinos, cuando en 1934 empezó el desempeño efectivo sobre todo en el Parlamento, Calvo Sotelo no ocultó que quería dirigir a España hacia una reforma totalitaria del Estado. Las esperanzas del monarquismo estaban en arrastrar el resto de la derecha hacia una dictadura implantada con ayuda de militares, pero siempre careció de masas.

En Abril de 1934, el equipo dirigente de los Carlistas era juvenil y vertebró en un auténtico movimiento de masas. Siempre consideraron al fascismo como un hijo degenerado del tradicionalismo. Su convicción de que al final la lucha se dirimiría por las armas no le llevaba tanto al pistolerismo fascista (o falangista) como a la organización de una auténtica guerra civil; de hecho, el requeté fue la única fuerza civil armada con la que pudo contar la sublevación militar de julio de 1936.

4. EL FRENTE POPULAR Y LAS ELECCIONES DE 1936

La posición política que había representado Azaña desde el poder había quedado exterminada como consecuencia de las elecciones de 1933 aunque mucho más en lo que respecta a puestos parlamentarios que en nº de votos. La opción política republicana de izquierdas estaba demasiado fragmentada para ser viable políticamente. La necesidad de unión fue tan patente que ya antes de los sucesos de oct. de 1934 se habían dado los pasos para la creación de un nuevo partido que se denominó Izquierda Republicana y que desde un principio estuvo dirigido por los que procedían del partido fundado por Azaña, Acción Republicana. De él formaron parte también los radicales socialistas situados más a la izquierda (Domingo y Albornoz) y la mayor parte de los galleguistas de la ORGA cuyo principal dirigente era Santiago Casares Quiroga.

Se crea en el verano de 1934 la Unión Republicana bajo la dirección de Martínez Barrio y se unieron los radicales socialistas situados más a la derecha con los antiguos radicales que habían abandonado a Lerroux por su colaboración con la CEDA. Lo característico de UR, que tenía entre sus miembros a masones, fue una actitud moderada y

centrista. Aunque había puntos de coincidencia entre los 2 nuevos partidos, teniendo en cuenta que ya Azaña había enunciado su deseo de que se llegara a una restauración de la República del 14 de abril, sólo a la altura de comienzos de 1935, se plasmó esta alternativa.

Había una diferencia estratégica fundamental entre IR y UR que era la colaboración con los socialistas que, imprescindible para Azaña, era poco aceptable para Martínez Barrio. Lo que hizo triunfar la postura del 1º fue la posibilidad de acceder al poder, vista la descomposición de la mayoría gobernante de centro-derecha, pero también su propia resurrección como personaje político decisivo del régimen republicano. Fue precisamente la persecución de las derechas lo que produjo una reacción a favor de Azaña. Además, tendía su mano hacia la colaboración con los socialistas. .

Entre éstos, a mediados de 1935 había 2 tendencias distintas respecto de la colaboración con los republicanos. Prieto, siempre partidario de ella, aunque Largo Caballero era mucho más reticente a esa colaboración sobre todo con Martínez Barrio y siempre quiso recalcar que el PSOE quedaba libre de cualquier compromiso, el ascenso de Azaña, perceptible después del discurso de Comillas, le hizo aceptar como inevitable esa colaboración. Fueron por lo tanto Azaña y Prieto los que hicieron la alianza electoral ha pasado a la historia con el nombre de Frente Popular.

La entrada de los comunistas hizo desaparecer las reticencias que en determinados medios había contra una fórmula que impedía el frente obrero por ellos patrocinado. Hay que tener también en cuenta que los que por su condición anarquista no habían votado nunca, veían con entusiasmo una posible vuelta al poder de la izquierda parlamentaria.

El Frente Popular fue un instrumento ideal para obtener la victoria en las elecciones aunque luego se demostraría mucho menos apropiado para el ejercicio del poder. Los republicanos se pusieron de acuerdo con los socialistas y éstos a su vez lo hicieron con los grupos situados a la izquierda No hubo durante el período electoral comités del Frente Popular locales que dieran sensación de unión irreversible, ni tampoco mítines comunes en donde se pudieran apreciar las divergencias entre un Azaña y un Nin.

El programa electoral era un catálogo de divergencias entre la opción republicana y la más izquierdista en materias tan decisivas como la reforma agraria o el orden público, pero en comparación con lo sucedido en la derecha, fue un resumen de propósitos de Gobierno. Durante la campaña electoral los candidatos de izquierda, con la excepción de los seguidores de Largo Caballero se expresaron con moderación dando la sensación de situarse a la defensiva.

El panorama de las derechas fue muy distinto. La elaboración de las candidaturas resultó alambicado y poco ejemplar. Por un momento pareció que Gil Robles se iba a decantar a una exclusiva colaboración con la extrema derecha. Poco a poco la CEDA fue decantándose hacia la colaboración con los grupos republicanos de tendencia moderada. Como en ocasiones anteriores, la Ley electoral imponía alianzas lo más amplias posibles y por ello resultaba imprescindible la colaboración con Portela (centrista) a pesar de que éste tuviera muy poca fuerza política. El Presidente del Gobierno estaba guiado de buenos propósitos, como era formar un grupo político centrista que evitara el enfrentamiento entre derechas e izquierda Pero era imposible marginar por completo a unos radicales en descrédito o aceptar las pretensiones de los monárquicos y de cada uno de los pequeños grupos republicanos. Es muy significativo que la derecha no fuera capaz de preparar un programa electoral porque eso demuestra su división, aunque el hecho de que no se redactara quizá naciera del deseo de la CEDA de evitar declaraciones programáticas demasiado estridentes. Aunque la derecha repartió mucha propaganda, su contenido no fue

bueno.

El resultado de las elecciones fue una sorpresa total. España aparecía en febrero de 1936 dividida en 2 tendencias semejantes: el Frente Popular que de acuerdo con los mejores cálculos, habría obtenido el 34% del electorado; la derecha el 33% y el centro no unido a la derecha, el 5%. Como ya había sucedido en 1933 la situación parlamentaria no traducía ese casi empate, sino que daba una cómoda mayoría al Frente Popular. Las razones más importantes que explican su victoria son el cambio en la actitud de los anarquistas y el descalabro de los radicales. Es posible que la masa moderada y republicana que en 1933 consideraron a Lerroux como una esperanza, ahora atribuían lo mismo a Azaña. La CEDA conservaba los mismos votos que en 1933.

Es posible que para el Frente Popular tuviera mucho que ver la condición moderada de su propaganda y de sus candidatos del momento.

Falange apenas tuvo votos. Los comunistas no habrían tenido ningún escaño de no ser porque sus candidatos iban incluidos en las listas del Frente Popular. La salvación de la República estaba en manos de personas como Prieto o Giménez Fernández mucho más que de Portela. La victoria en las elecciones no había correspondido a una subversión por la derecha o la izquierda sino a la postura de Azaña que se había definido a sí mismo como una persona de centro reformista durante la campaña.

5. EL GOBIERNO DEL FRENTE POPULAR Y EL CAMINO HACIA LA GUERRA CIVIL

A Portela le sustituyó Azaña. Llegaba al Gobierno de nuevo el dirigente de izquierda Republicana en mejor situación que en 1^{er} bienio pues su partido político tenía 3 veces más diputados que la Acción Republicana de entonces. El núcleo dirigente de su partido seguía siendo los miembros de aquel grupo intelectual. Era consciente de las dificultades que tenía el poder; tal como le pidió la derecha no nombró a Casares ministro de la Gobernación ni se atribuyó a sí mismo la cartera de Guerra. También la CEDA, el principal partido de la oposición mantuvo una actitud de colaboración para la estabilidad de las instituciones republicanas. Gil Robles, desorientado y confuso entrega a Giménez Fernández la dirección de la minoría parlamentaria. El mismo Martínez Barrio, antiguo opositor de la presencia en el poder de la CEDA, creyó ver una actitud colaboradora en ella, si el Gobierno abría paso a una política conciliadora.

Los deseos de paz de Azaña y buena parte de los dirigentes del Frente Popular empezaron por ser traicionados en la discusión de las actas electorales. El Frente Popular obtuvo honestamente una mayoría parlamentaria suficiente, pero al discutirse las actas en las Cortes, trató de aumentar esa mayoría mediante la utilización de procedimientos partidistas. Al anunciar la retirada temporal de las Cortes, de la minoría de la CEDA como consecuencia de esa actitud, Giménez Fernández señaló con razón que la actuación de la izquierda suponía la sustitución de la voluntad popular, base del régimen democrático. Aunque la CEDA volvió al Parlamento, la actitud del Frente Popular no cambió. En Cuenca, que ganaron las derechas, las elecciones fueron anuladas y repetidas. En la 2^a vuelta se presentó José A. Primo de R. cuya acta no fue admitida. Los juicios de personalidades republicanas sobre lo sucedido son condenatorios del Frente Popular. Alcalá Zamora afirmó que nada semejante se había producido en la poco respetable historia de las elecciones españolas.

Alcalá Zamora pronto se enfrentó al Gobierno, principalmente por la gestión de Amós Salvador en Gobernación y pidió la destitución de algún gobernador que no controlaba la situación del Orden Público. Ya era muy impopular, aunque casi siempre injustamente y no le defendió nadie en el Parlamento. El procedimiento para lograr su destitución fue impresentable. Las Cortes declararon que el Presidente obró incorrectamente cuando procedió a la disolución del Parlamento. Para mayor incorrección, Martínez Barrio, presidente de estas Cortes había suscrito un decreto en el que se decía que la disolución de las Constituyentes no contaba para las 2 atribuidas en el cómputo de cada presidente de la República. No fueron pocos los miembros del Frente Popular que no estuvieron de acuerdo con la medida. Pero no hubo protestas contra ella y la sustitución del presidente no sólo constituyó otra trasgresión de la legalidad sino que lejos de disminuir las dificultades políticas del Frente Popular, las agravó considerablemente.

Así se demuestra, 1º, por el hecho de que a las elecciones para nombrar nuevo Presidente de la República no acudió ya la derecha, lo que indicaba su alejamiento de la convivencia democrática. Pero peor fue la propia elección de Azaña como Presidente. Bajo ella se ocultó una discrepancia en aumento en el seno de la coalición gobernante. Azaña parece haberse sentido un tanto fatigado y escéptico ante sus nuevas responsabilidades y a partir de este momento se le puede atribuir una pasividad culpable ante unos acontecimientos que cada día presentaban más dramatismo.

Había alguna discusión sobre la situación del orden público que era el mayor peligro para la República. En estas circunstancias hubiera sido necesario un gobernante con peso específico y con autoridad, además de prestigio en la Izquierda. Probablemente la persona adecuada hubiera sido I. Prieto pero su presidencia del Gobierno fue vetada por su grupo parlamentario en el que la mayoría estaba controlada por los caballeristas. Correspondió entonces la jefatura del gobierno a Casares Quiroga, íntimo de Azaña, que ni siquiera logró la colaboración de algunos de los ministros de Azaña en la etapa anterior. Prometió someter a la derecha sin miedo a la revolución. Marchó a rastras de los acontecimientos e hizo poquísimo por aplacar las tensiones políticas desatadas.

El Frente Popular había previsto la readmisión de los trabajadores represaliados por motivos políticos sin perjuicio para las empresas y sus intereses económicos, pero lo llevado a cabo fue una especie de revancha. La sustitución de la enseñanza religiosa mediante la incautación de colegios, alejaba a los católicos de la República., sobre todo cuando iba acompañada de manifestaciones en las Cortes como la de que la Educación religiosa prostituía la conciencia del niño.

Durante el Gobierno del Frente Popular se produjeron muchas demandas autonómicas, incluso en regiones como Extremadura o Castilla. En Galicia, el Partido galleguista figuró en las candidaturas del Frente Popular. En Andalucía, el regionalismo o nacionalismo no estuvo organizado en partido propio y figuró Bías Infante en Izquierda Radical Socialista o presidió una Junta Liberalista de Andalucía.

Pero lo peor que hizo el Gobierno no fue lo que hizo, sino lo que no supo evitar. Parece evidente que en el estallido de la guerra civil tuvo un papel importante el desorden público en las semanas posteriores a las elecciones de febrero de 1936. Se ha calculado que el nº de muertos pudo ser de unos 350, que se sumaban a los producidos por los sucesos de octubre de 1934. No toda la geografía peninsular se vio afectada por ese tipo de incidentes y especialmente graves fueron los de Madrid y Andalucía.

La violencia fue practicada por los 2 lados: las masas del Frente Popular incendiaron iglesias, periódicos de derechas y locales de los partidos, mientras que los

falangistas ponían bombas en locales sindicales o intentaban asesinar a Jiménez de Asúa y a Eduardo Ortega y Gasset. Da la sensación de que el ejercicio de la autoridad habría podido disminuir la violencia.

A veces la violencia era espontánea y reactiva. En otras ocasiones revestía un tono anticlerical casi exclusivo. En Málaga se produjeron gravísimos enfrentamientos entre anarquistas y socialistas, mientras que en Madrid también la huelga de la construcción enfrentó a UGT y CNT. Fue sorprendente la actitud de Largo Caballero en los meses finales de la República no estaba preparando una revolución (pese a lo que dijeron después), sino esperando a que el régimen se colapsara. Su táctica, reformista al fin, aunque no dejara de hablar de revolución, estaba más empeñada en promover un congreso extraordinario del partido que en acumular armas para conquistar el poder.

La posición de Prieto era más lúcida. Si en el momento de la victoria del Frente Popular estaba en contra de administrarla con manifestaciones delirantes, ahora embistió repetida y firmemente contra el desorden. Decía que la convulsión de una revolución; con un resultado u otro, le puede soportar un país: lo que no puede soportar es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata.

Esa opinión de Prieto era compartida por personalidades muy distintas, desde Domingo a Ossorio, pasando por Gil Robles. La opinión de éste tiene especial interés por ser el principal dirigente del 1^{er} partido de derechas presente en el Parlamento. En Julio aseguró en las Cortes que lo que el Frente Popular denominaba fascismo era un ansia muchas veces nobilísima de liberarse de un yugo y una operación. Las JAP pasaban en oleadas a la Falange mientras que el liderazgo parlamentario de Gil Robles en la Derecha, estaba ya en peligro ante un Calvo Sotelo más agresivo en contra del Gobierno.

Azaña estaba en la presidencia como espectador de la acción de un Gobierno que había nombrado y que aunque no fuera bueno, todavía había durado poco como para ser sustituido. En el fondo sabía que Casares Quiroga estaba tratando de actuar con una estrategia parecida a la que él había seguido en agosto de 1932, es decir, esperar a que la sublevación una vez vencida le sirviera a él para afirmarse en el poder. Su error era tan manifiesto que fueron muchos los políticos del Frente Popular que le denunciaron la existencia de una conspiración, luego se ganó los juicios condenatorios generales.

No fraguaron 2 intentos que fueron quizá la última posibilidad de mantener la convivencia en el seno del régimen republicano podría haber consistido en la creación de una nueva mayoría en la que pudiera contar con el sector centrista del socialismo y de la CEDA. El 2º intento alcanzó expresión pública pero era inconstitucional y no era apoyado por fuerzas políticas importantes. Miguel Maura pidió una dictadura republicana temporal destinada a mantener el orden para volver luego a la legalidad. Aun difíciles estas 2 posibilidades, quizá hubieran podido fraguar en el caso de que no hubiera sido asesinado Calvo Sotelo.

Lo grave fue no el que Calvo Sotelo fuese asesinado por el Gobierno, lo que nadie afirmó y es falso desde el punto de vista histórico, sino en el hecho de que el Gobierno no daba la sensación de controlar sus propios agentes. Nunca en Europa Occidental democrática, un dirigente de la oposición había sido asesinado por la policía.

Hay dos hechos muy característicos: dirigentes socialistas conocieron a personas que habían participado en el asesinato y no les denunciaron. Parece evidente que una parte de España se sintió amenazada por la otra y cometió el error, por impaciencia y falta de templanza, de alzarse contra ella.

6. EL IMPACTO DE LA CRISIS EN LOS MEDIOS CULTURALES Y ARTÍSTICOS

La crisis económica, social y espiritual de los años 30 tuvo una repercusión muy directa sobre los medios intelectuales y culturales. El régimen político estaba muy vinculado con el mundo intelectual. Por un lado, los medios de comunicación en los que tan introducidos estaban los intelectuales, experimentaron durante el período una fuerte politización; desde agosto de 1932 fueron prohibidas más de 100 publicaciones. La radiodifusión desempeñaba un papel cada vez más importante en la vida nacional; a partir de 1934 hubo ya un plan de radiodifusión nacional.

La decepción intelectual respecto del régimen fue temprana en el 1^{er} bienio. Ortega criticó las palabras huecas y vacías. Prontamente pareció decepcionado. Su discurso sobre la rectificación de la República no pretendió más que hacer desaparecer el tono hosco y agrio que habían ido adquiriendo las instituciones republicanas y sustituirlo por autenticidad y modernización. Había recaído en algo muy habitual en él: la desconfianza de la política. Sus últimos artículos políticos se publicaron tras la victoria de la derecha en 1933, advirtiéndole sobre sus límites y ambigüedad.

Unamuno no lo hizo. Durante el bienio constituyente le preocupó la solución dada a la cuestión catalana y se indignó con el anticlericalismo de los contrajesuitas. En 1933 votó a las derechas y durante el 2^o bienio presenció aterrado el advenimiento del maximalismo sobre todo en los jóvenes.

Al margen de la posición de Unamuno y Ortega, que habían sido los principales inspiradores de la acción colectiva de los intelectuales, las del resto también mostraron dentro del pluralismo, una inquieta satisfacción: Baroja, Menéndez Pidal, Maeztu, Valle Inclán. Quienes permanecieron en la acción política como Azaña se encogían de hombros ante estas actitudes de sus compañeros. Los más jóvenes vivieron con entusiasmo el compromiso político en el período republicano. Así les sucedió a buena parte de los miembros de la generación del 27, antes despreocupados por la política. La literatura y la poesía también se convirtieron de hecho en un campo de batalla. Hay que mencionar a Alberti, Lorca, Alejandro Casona, Sender, Muñoz Seca, Pemán, Pérez de Ayala.

Buena parte de los grupos políticos o ideológicos tuvieron revistas en las que ofrecieron al público su visión del mundo. Un rasgo muy característico de los años 30 fue la proliferación de editoriales destinados a la publicación de libros. La creación de escuelas estuvo muy vinculada con la promoción de la lectura a través de bibliotecas. La República creó los Archivos Históricos Provinciales y procuró conservar el patrimonio. La Ley de Patrimonio de 1933 perduró hasta la transición española a la Democracia.

7. LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA ETAPA REPUBLICANA

En la crisis española no hubo intervención del exterior. La política exterior partía de unos preceptos constitucionales que suponían la renuncia a la guerra. España sólo podría abandonar la Sociedad de Naciones previa decisión de las Cortes. Además existía la tradición política de vinculación con Francia y Gran Bretaña: con los que teníamos relaciones más estrechas en función de la proximidad y por los intereses en el Mediterráneo occidental. Un rasgo de la política exterior republicana era la improvisación de una clase diplomática procedente de los intelectuales con la que sustituir a la antigua que estaba

formada por aristócratas. Pérez de Ayala ocupó la Embajada de Londres y Madariaga la de París. Este último fue el representante ante la Sociedad de Naciones. Le atribuía un papel decisivo a España como potencia de tamaño intermedio que podía tener importantes puntos de contacto con las naciones centroeuropeas de un lado y con las de Hispanoamérica de otro. Nadie como él representó lo que la República quería ser en el mundo.

Francia, Gran Bretaña y en menor grado EE.UU. jugaron un papel decisivo en las relaciones exteriores republicanas. El carácter poco complaciente de Azaña ante las intromisiones de Herbet, hicieron que no se llegara a ningún acuerdo con el Presidente francés en 1932 (cuando éste vino a España), sino que se tradujera en frustración por las dos partes. Algo parecido ocurrió en 1935 con Gran Bretaña cuando el conflicto de Abisinia y solicitó una pasiva colaboración española en caso de guerra.

Para España era más problemática la relación con Francia respecto de la cual, tenía en 1935 reivindicaciones acerca del Estatuto de Tánger, relativa a la admón. de las aduanas. Hubo algunos conflictos respecto a los intereses británicos y norteamericanos en España. Sólo en la fase final del régimen estaban irritados y perplejos ante una situación que veían como potencialmente revolucionaria.

El gobierno republicano del 1^{er} bienio deseaba un cambio político en Portugal, hizo profesión de fe federalista y proporcionó armas y dinero a los refugiados de izquierda. Hubo una auténtica guerra oculta de la República esp. contra el régimen portugués que obedeció a propósitos nacionalistas y no ideológicos. De esta forma quedó arruinada la buena relación entre los 2 países que había empezado en los años 20. La vuelta de Azaña al poder en 1936 fue considerada por los diplomáticos portugueses como una catástrofe y los esfuerzos del Frente Popular por modificar el juicio portugués, como fue el nombramiento de Sánchez Albornoz para la Embajada de Lisboa, resultaron inútiles. Salazar acogió a los exiliados españoles de extrema derecha y en el verano de 1936 tenía ya una actitud proclive a ayudar a la subversión antirrepublicana.

Alemania e Italia tuvieron actitudes diferentes porque la 1^o no intervino en la política interna española y se guió respecto a ella por criterios de carácter económicos. Hitler mantuvo una posición indiferente, pero no contribuyó directamente a la caída del régimen republicano sino que su papel tardó en ser decisivo hasta el momento de la sublevación.

Italia intervino en la política interna de modo importante, aunque inferior a lo que se ha dicho. Mussolini, decepcionado con la Dictadura de Primo de Rivera juzgó el advenimiento de la República como un anacronismo pero también como algo embarazoso porque en España se refugiaban exiliados de su país y la prensa era antifascista. Su política consistió en tratar de mantener unas buenas relaciones diplomáticas para seguir a la vez una subterránea actividad subversiva.